

POR LAS RUTAS DE LA COLONIZACIÓN DE CARLOS III

Una visita a La Carolina y a Guarromán

Constancio Bernaldo de Quirós

NOTA DE REDACCIÓN: El siguiente artículo se ha recopilado de la publicación *Unión Patriótica. Revista quincenal ilustrada*. Madrid, 15 de febrero de 1929, pág. 30, de los fondos de la *Biblioteca Nacional de España*. La transcripción se ha realizado de forma literal, sin modificación alguna para preservar el relato de Bernaldo de Quirós y su visión de las Nuevas Poblaciones que nos presenta un relato que anima a conocer a las colonias carolinas.

De La Carlota a Écija, la carretera, en los veinte kilómetros que las separan, va por grandes olivares, entre los que destacan las construcciones blancas de los molinos. Tan sólo alguna vez interrumpe brevemente la olivífera perspectiva uniforme, el rastrojo pajizo de campos de maíz poco extensos. Al llegar al lugar denominado "La Quinta", aparece Écija en el fondo de una depresión—la "sartén" famosa—cercada por suaves colinas. Se pasa luego el Genil, más fértil en su valle final que el propio Guadalquivir en todo su curso, y en seguida se penetra en la opulenta Écija, ya en tierra de Sevilla.

Hay en ella mucho que ver y estudiar en relación con los asuntos que me interesan. Pero apenas he podido concederle ahora veinticuatro horas, prosiguiendo la ruta de la colonización de Carlos III.

Cuando antaño se perdían de vista las veinte torres de Écija, comenzaba hasta Carmona un nuevo despoblado de otras diez largas leguas, al que pudiéramos llamar de "la Moncloa", por el nombre, bien madrileño por cierto, de una antigua villa desaparecida. A 14 kilómetros de Écija y a poco menos de la mitad de este otro yermo, el rey hizo fundar la colonia de La Luisiana.

Recuerda ésta en todo, partida también por la carretera general de Andalucía, a La Carlota, bien que no sólo más en pequeño, sino asimismo en peor estado de conservación, en franca ruina algunas de las construcciones reales, la posada, v. gr., o en el decadente abandono que anticipa la decrepitud, como las aguas termales, alumbradas y descubiertas pocos años después de la fundación de la colonia y que llegaron a ser bastante frecuentadas para las enfermedades de la piel y de los ojos.

De las tres hermanas gemelas—Carolina, Carlota y Luisiana— esta última, sin duda, ha sido siempre la menos feliz, como una niña enfermiza y de desarrollo difícil.

Dos pequeñas aldeas —El Campillo y Cañadarrosal—veo apartándonos del camino, a la derecha, según se marcha hacia Carmona, en el ángulo que forma el Genil con la vía férrea y la carretera.

En una tercera etapa de treinta y cinco kilómetros, prosigo hasta Carmona, etapa que presenta únicamente, como puntos de relativo interés, primero, el viejo Puente Mantible, sobre la Madre de Fuentes; luego, La Moncloa, que comienza a repoblarse; más tarde, la Venta del Cobre y la Venta Nueva; y, al fin, el río Corbones, que viene de las Sierras de Morón, y la gentil Carmona, sobre su colina almenada.



La Carolina —Él único monumento a Carlos III en los pueblos fundados por él(Foto del autor)

Después de una detención preparatoria en Jaén, cruzado el Guadalquivir, cerca de Menjíbar, por un puente colgante, vuelvo a entrar en la carretera general por Bailen, de glorioso nombre, haciendo, a la conclusión del viaje, el largo trayecto que debió ser el primero. Más abajo de Bailen, en el kilómetro 301, sólo una queda de las nuevas poblaciones: Rumblar o Zocueca, aldea hoy de Guarromán, que mejor sería agregar ya a Bailen, de que está mucho más próximo, resolviéndose tan sólo con esto muchos de sus problemas locales.

El resto de las nuevas poblaciones de Sierra Morena se encuentra al norte de Bailen, a lo largo de los setenta kilómetros que hay aproximadamente hasta Almuradiel, ya en la provincia de Ciudad Real, postrera de las fundaciones Carolinas.

Guarromán, primera de las antiguas colonias, en el camino inverso que voy recorriendo, corresponde a la antigua Dehesa de Martinmalo, nombrada en las Instrucciones de la Real Cédula de 5 de junio de 1767, al enumerar los lugares adecuados para la colonización. Una de las aldeas dependientes de aquella villa lleva el nombre de Martinmalo, precisamente.

El tipo de población, ya bien conocido, nos interesa poco. Creeríamos no habernos movido de La Carlota o La Luisiana.

Pero aquí es donde encontramos, al fin, el famosa tipo alemán que ya dudaba encontrar, considerándole como un tópico fantástico.

El joven Hérvele Delfa, a quien me presentan a la puerta de un colmado, y que consiente amablemente en dejarse retratar, es, en efecto, un ejemplar acabado, todo un guapo muchacho, de raza exótica en la morena Andalucía. Como sus dos apellidos son extranjeros, probablemente es un pura sangre descendiente de los antiguos colonos, a través de cuatro o cinco generaciones. En todo caso, si hubiera habido algo de hibridismo en sus antepasados, sería una demostración humana viviente de cómo en la segunda o

tercera generación de los híbridos, la descendencia vuelve a veces por completo al tipo de uno solo de los antecesores, con exclusión de todos los caracteres del otro.